correspondía como descendiente del Sr. Estrada y Bello.

La carencia de clericales obligó á ocurrir al otro gremio, y nos aventuramos á asentar que los entonces llamados lo fueron por indicación del padre Ibarra, por ser lógico suponer que él designase como sucesores en los puestos que regenteaba, á sus discípulos más adelantados. El padre Ibarra fué, pues, el *trait d' union* de estos dos gremios sociales, dando en la instrucción pública encomendada al suyo, ingerencia á estos dos jóvenes maestros, cuya propaganda científica justificó el acierto de la elección por los trascendentales resultados y múltiple significación obtenidos en la marcha de la ciencia; porque además de que fué un gran paso dado en la secularización de la enseñanza, ellos son los discípulos del Seminario á que nos referimos anteriormente, como los maestros del progreso de la Filosofía y de la amplitud de conocimientos con que ilustraron á los alumnos del Colegio Clerical. Esta reforma, si desde luego se hizo sensible por lo mucho que prometiera al iniciarla, aparece más importante cuando la mirada cscudriñadora de la historia aquilata el valor de las conquistas de los alumnos del Seminario en los destinos de Campeche.

Ninguna época como esa para apreciar la importancia del servicio del benefactor Estrada, importancia que ni él pudo prever al declarar sus levantados sentimientos cuando dijo: *Item deceando el mayor bien á mi patrio suelo, cuyo amor conservo....* Si sus riquezas no formaron un coro de predicadores sagrados, ni aumentaron la gerarquía eclesiástica, como fué su designio, sí dieron paso á un séquito numeroso de ciudadanos que se ilustraron lo bastante para impulsarnos en la senda del progreso, modificando nuestro modo de ser político y perfeccionando nuestras condiciones sociales. Los alumnos del Seminario levantaron el nombre de Campeche á la altura del prestigio: en el culto á la Divinidad, en la cátedra, en el santuario de la ciencia, en los estrados del foro y de la judicatura, en la tribuna parlamentaria, en la prensa, á la que dieron gran ensanche, y en los gabinetes de la diplomacia y del Gobernante. Sin la ilustración que Campeche recibió del "Colegio de San Miguel de Estrada," su juventud hubiera permanecido estacionaria, y por consiguiente infecunda, quedando en blanco las páginas de nuestra historia que, desde esa época, aparecen exornadas con las más hermosas manifestaciones de la ciencia en consorcio con el patriotismo; del amor á la patria con el culto de la sabiduría; de la fe religiosa con la virtud acrisolada. Pablo García y Tomás Aznar Barbachano descuellan como maestros en esa generación á la que debe Campeche la transformación que hicieron en Mérida los discípulos de Moreno; época que forma una etapa en nuestra marcha por la senda del progreso, iniciándose el interesante período de nuestra historia moderna. Y así decimos, porque la dirección que imprimieron á la enseñanza, operando en ella un cambio radical, los eleva á la categoría de apóstoles de la nueva escuela, en la que brindaron á la juventud campechana la instrucción tan vasta como enriquecida con todas las exigencias reclamadas por el siglo que llega á sus postrimerías.

Para cumplir la misión de que providencialmente parecían investidos, y prescindiendo de que el personal eclesiástico fuera profanado por dos legos en los puestos de más importancia, ocuparon la clase de Filosofía y la Secretaría aquellos dos alumnos del Seminario y que eran en ciernes los fundadores del "Instituto Campechano."

"Don Pablo García," dice su biógrafo Don Tomás Aznar Barbachano, "dió un curso de filosofía en aquel"

"Colegio, del cual fué Secretario, de Febrero de 1844 á"
"1846, reformando los estudios de Psicología y Teodicea"
"y sobre todo de Física, traduciendo y enseñando los"
"textos modernos de Ponelle y de Pinaud, desconocidos"
"entonces en Yucatán." El Sr. Aznar sacrificó en aras de la modestia un punto histórico, cuya necesaria rectificación se impone en estas páginas. García habrá sido el traductor exclusivo de Ponelle y el que lo impuso como obra de texto; pero Aznar fué su colaborador en la traducción del Pinaud, el autor de sus reformas y el que lo introdujo como texto oficial en los seminarios de Mérida y Campeche, como pasamos á exponer.

García y Aznar conocieron la obra de Física de Augusto Pinaud por un ejemplar en francés que les proporcionó el Dr. D. Dionisio Jourdanet; y apreciando las ventajas que ofrecía respecto á la de Malvin de Montazet, creyeron de gran utilidad introducirla como texto. Y como el idioma francés estaba vedado á los alumnos del Seminario, pero no para los que continuaron de alumnos y maestros de sí mismos, salvaron la dificultad haciendo la versión de la obra al castellano. Comenzada en el año de 1848 la primera edición, no fué posible terminarla por la calamitosa guerra de indios, continuándola después en el periódico "El Amigo del Pueblo" cuyos ejemplares fueron perdidos. Concluída la segunda edición en 1o de Noviembre de 1851, en el prólogo de ella que escribió Aznar Barbachano, refiere de cómo se sirvió de esta obra, cuya parte conducente dice: "A pesar de no hallarse"
"concluida la edición, dí el curso de Física de 1849 en el"
"Colegio de San Miguel, por el Pinaud, obligando á mis"
"discípulos al ímprobo trabajo de sacar copias de la par-"
"te aun no publicada de la obra, sin perder por eso la"
"esperanza de hacer una nueva edición de toda ella al"

"llegar la época de volver á enseñar Física en el segun-"
"do curso de Filosofía que inicié en Octubre de 849, con-"
"tando para conseguir mi objeto con el apoyo de nues-"
"tro Illmo. Sr. Obispo y con haber cambiado entera-"
"mente las circunstancias que malograron la primera."
Efectivamente, el Sr. Aznar solicitó del Sr. Obispo, como supremo director de los Seminarios de Mérida y Campeche, que fuese aceptada en sus cátedras la obra de Física de Pinaud, traducida por él y por el Sr. García, cuya solicitud fué aceptada por el acuerdo del Obispo, de 18 de Octubre de 1851, y previo el informe satisfactorio del Sr. Domingo Escalante y del Canónigo Dr. Manuel José Delgado, catedrático y Rector respectivamente, del Seminario Conciliar de Mérida.

En el mismo año de 1851, fué publicada en Méririda esta segunda edición, que anunció en su primera página estar *corregida, mejorada y aumentada con notas aclaratorias por Tomás Aznar Barbachano.* Y así fué, porque el Sr. Aznar corrigió muchos defectos de la primera edición, aumentó varias fórmulas para facilitar la resolución de las que trae el texto, tradujo al idioma vulgar todas las fórmulas técnicas del autor, y apreciando en aquella época, esto es, hace medio siglo, la importancia del sietema métrico por estar fundado en el decimal, dejó esta medida en que están basados los cálculos; pero como este sistema también era desconocido para los alumnos, para mejor comprensión, al fin de la obra formó unas tablas con la correspondencia de ambos sistemas. Como el Algebra era también ciencia que ignoraban los alumnos de ambos Seminarios, tuvo necesidad de traducir las fórmulas de escritura algebraica, satisfaciendo así la única objeción que hizo el catedrático de Mérida á la obra recomendada; pero para la instrucción de sus alumnos,

esto es, los del Seminario de Campeche, la amplió hasta enseñarles esta ciencia y la Geometría, ciencias que, como los idiomas francés é inglés y demás conocimientos universales que poseía, las adquirió sin más maestro que su clara inteligencia y asidua aplicación.

La introducción de las obras de Ponelle y Pinaud, reemplazando en parte á la obra del Arzobispo de León, fué un gran paso dado en la enseñanza, no tan sólo porque esas nuevas obras consignaban los últimos adelantos en general y constantemente progresivos en las ciencias físicas, cuanto porque se ahorraba al alumno la penosísima tarea de traducir el latín, idioma en que estaba la obra de Malvin de Montazet; pues, por mucho conocimiento en esa lengua, la propia ahorraba mucho tiempo con tanta labor y facilitaba la mejor comprensión de la ciencia. García y Aznar juzgaron, más que conveniente, necesaria esta reforma que marca una nueva época en los anales de nuestro Colegio, retirando el texto de Malvin de Montazet para estos estudios, con los honores que le correspondía. Elogian los méritos de esta obra, justificando su dominio por su claridad, método y concisión y "como un testimonio viviente de lo que, á fines de este siglo, era la Francia." Y al hacer la apreciación de la gran ventaja que importaba al alumno el estudio en nuestro idioma, dicen: "No seremos nosotros los que digamos que deba despreciarse el latín; la lengua que se prestó á los acentos de Horacio y Virgilio, y á la cual fué traducido Homero, aquella en que resonó la elocuente voz de Cicerón, jamás debe relegarse al olvido; pero entre ésto y estudiar en latín, hay muy notable diferencia."

Aznar hizo partícipe de esta reforma á la juventud estudiosa de Mérida, la que debe agradecer tan importante beneficio y hacer grato recuerdo de su nombre.

Don Pablo García dió el curso de Filosofía de 1844 á 1846, continuando la Lógica, Metafísica y Etica por el texto lugdunense, inaugurando el Pinaud y el Ponelle, y difundiendo al mismo tiempo las doctrinas de las escuelas de Alemania y Francia que conquistaron con el libre examen su dominio en la Filosofía moderna. Tal ensanche de la instrucción que significaba un paso atrevido en la aulas de un Seminario, fué manifestado por el profesor García en estos términos, al anunciar el acto público que sostuvo su discípulo el Sr. Juan Pérez Espínola: "pero" "nos hemos aprovechado también de las luminosas in-" "vestigaciones con que Condillac Loromiguière y Víctor" "Cousin han enriquecido la ciencia en nuestros días."

El otro acto de este curso lo sustentó el Sr. José María González Gutiérrez, en Agosto de 1845.

Don Pablo García aceleró la marcha del estudio de ese curso, empleando poco más de dos años y economizando casi uno de los períodos escolares designados por los Estatutos. El padre Delgado no aprobó esta aceleración porque creyó que era en menoscabo de la instrucción, y por este motivo tuvo un serio disgusto con el profesor, quien por su parte demostraba haber hecho el curso completo y con resultado satisfactorio; y que, por tanto, era suficiente el período de dos años, dando á las lecciones la amplitud racional como lo había verificado. La intervención del Rector puso término á este desagrado, que tal vez influyó para la separación del profesor García, y acordó que prevaleciera el término de tres años para los cursos futuros.

Don Tomás Aznar Barbachano sucedió al Sr. García en la Secretaría y cátedra de Filosofía, cuyo primer curso terminó en 1849, y en 1852 el segundo. No satisfecho como su antecesor con los textos adoptados, continuó con instruc-

tivas ampliaciones, disertando magistralmente sobre los temas de la lección diaria y ensanchando la instrucción con la enseñanza del Algebra y Geometría, como ciencias que la filosofía moderna, principalmente la escuela positivista, había colocado en el lugar prominente, por su necesidad é importancia universalmente reconocidas.

Presentaron actos públicos sus alumnos Manuel Gil y Prudencio Rosado, en Agosto de 1849 (12 y 15); Joaquín Gutiérrez en Agosto de 1850; Luis Gómez en 17 de Octubre de 1851, y en Agosto de 52, Pablo J. Araos y José Ignacio Rivas.

Concluido este segundo y último curso, en 22 de Agosto de 1852, hizo la distribución de lugares, quedando como conmaestros, Pablo Araos, Joaquín Gutiérrez Estrada, Ignacio Rivas, Joaquín Blengio, Luis Gómez y Manuel Dondé.

Al iniciar su segundo y último curso en 19 de Octubre de 1849, pronunció un discurso sobre *la Verdad en el orden moral, político y social.* Desarrolla su estudio inquiriendo la verdad positiva, ó sea la verdad depurada de los errores y la distingue de la verdad relativa, ó sea, la adopción de doctrinas modificadas por el espíritu de cada época, demostrando como verdades positivas, Dios en el orden moral, el catolicismo genuino en el orden religioso, y en el político, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Esta es la única composición á que dió lectura pública, pues las otras cuatro, fueron recitadas por sus alumnos en los actos públicos que presentaron, con cuyo objeto las escribió, y son: *Discurso sobre las ideas innatas*, por el Sr. Joaquín Gutiérrez Estrada, en 25 de Agosto de 1850; *Discurso sobre la importancia del Algebra*, pronunciado por el Sr. Luis Gómez, en 17 de Octubre de 1851, y *Discurso sobre la importancia del lenguaje*, en dos partes,

pronunciada una por el Sr. Pablo J. Araos y otra por el Sr. José I. Rivas, en los actos que sostuvieron.

En la composición leída por el Sr. Gutiérrez, el autor se declara no partidario de las ideas innatas; no acepta que la mano del Supremo Hacedor haya esculpido ciertas nociones y principios en la inteligencia del hombre, y atribuye que toda idea nace de la inteligencia afectada por sensaciones que le comunican los sentidos ó que es resultado de la reflexión. Concretándose á la creencia de Dios, como la más importante y general de las que pudieran llamarse ideas innatas, demuestra con vigorosa argumentación que, si Dios no puede revelarse por Sí mismo, porque como Ser espiritual, sus atributos no hieren nuestros sentidos, sí se manifiesta por su gran obra, objeto de contemplación del hombre, la figura dominante en el extenso y variado cuadro de la naturaleza. "Abrid" "el gran libro de la naturaleza, de esa naturaleza" "que nos enseña antes de todo la necesidad de la exis-" "tencia de un Dios: en el astro del día vereis su mano" "fecundante, en la noche apacible, sembrada de milla-" "res de estrellas, su magnificencia; oireis su poderosa" "voz en el trueno, vereis su ira desatada en el huracán" "irresistible, su inmensidad en el mar, su eternidad en" "los espacios, su unidad en el orden inmutable y su suma" "Providencia en las varias estaciones. Y si queremos" "formarnos una idea más completa de El, estudiémonos á" "nosotros mismos, al espíritu que nos vivifica y que en" "nosotros alienta." Arguye que si la existencia de Dios preexistiera en la inteligencia, la humanidad reconocería un Ser Supremo universal y uniforme y no esa variedad de deidades erigidas según las creencias y estas inspiradas por el medio social ó civilizador de cada pueblo.

"De la falta pues, de uniformidad, del defecto de"

"verdad lógica que consiste en la conveniencia del obje-"
"to con su idea, de las mil vicisitudes que la idea de Dios"
"ha experimentado, de su psicológica formación, en fin,"
"concluyo que no es innata y por tanto que si no lo es la"
"de Dios, ninguna otra puede envanecerse de serlo."
"Luego todas las ideas del hombre son obra de su inte-"
"ligencia."

Dificultamos que pueda hacerse, en composición más clásica que la del Sr. Aznar, el estudio demostrativo de la importancia del Algebra, su origen y relaciones ideológicas, su clasificación como ciencia y su dominio universal manifestado con el lenguaje común á los pueblos cultos; tan lacónico como expresivo, tan profundo como exacto; llegando en sus conclusiones á la precisión real, la precisión fundada en el orden armonioso que Dios impuso en la naturaleza con sus leyes eternas é inmutables.

"Nadie—dice—osará negar que el Algebra es una"
"ciencia. Fundada sobre principios evidentísimos, vesti-"
"da de un lenguaje enteramente peculiar á ella, ciencia"
"además de demostración, tan pronto asienta una verdad"
"como la hace concebir al espíritu, tan pronto la hace"
"concebir como encerrándola en una de esas sus fórmu-"
"las, que parecen el vestido adecuado de la ciencia, la po-"
"ne ante los ojos clara, luminosa, esplendente, capaz de"
"hacerla ver á los ciegos mismos. Espíritu y sentidos,"
"lo inmaterial y lo incorpóreo, todo se humilla ante una"
"evidencia tan maravillosa. ¿No es éste el último lími-"
"te á donde puede llegar la ciencia?"—Refiriendo la íntima relación que tienen las ciencias entre sí, da término á su brillante discurso con las siguientes palabras: "Por
"otra parte, aquel enlace no puede consistir sino en la"
"uniformidad de ciertos principios, y en tanto se uni-"
"forman más los principios en cuanto más se generali-"

"zan: la ciencia, pues, que abrace estas generalizacio-"
"nes, debe ser la más sencilla, la más cabal, la más"
"perfecta, el núcleo de las otras. Si recordamos además"
"las tendencias de los grandes hombres que han apare-"
"cido de tiempo en tiempo y que sondeando el abismo"
"de las ciencias han ensanchado los límites del cálculo;"
"y en fin, si tenemos presente que Dios, ser uno, debe en"
"esto, como en todas las cosas, propender á la unidad,"
"y que esta unidad en las ciencias debe contenerse en"
"cierto número de principios que constituyan una cien-"
"cia también; es fuerza, por todo lo expuesto, convenir"
"en que la ciencia que tiene más adelantado que ningu-"
"na otra su peculiar lenguaje, la que ha llegado á gene-"
"ralizar más sus principios, la que por último, en estas"
"generalizaciones va abarcando á las demás, esa ciencia,"
"lo decimos con fe, es la llamada á realizar la unión de"
"todas, y nos parece que es el Algebra."

Se remonta á los primeros tiempos de la humanidad estudiando el origen del lenguaje, sus modificaciones y progreso, cuya asombrosa multiplicidad dividió la especie humana, hasta contarse, según Galli, tres mil lenguas y dialectos. Expone las razones en que se funda para creer no cegada la fuente de nuevos idiomas; pero al mismo tiempo reconoce esta posibilidad por la acción transformadora del progreso. Asienta como una verdad histórica que las conquistas llevadas á cabo por las tendencias dominadoras de los pueblos más fuertes, han asimilado á unos con otros reduciendo los idiomas á un número relativamente insignificante: teatros de estas conquistas, el Asia, África y Oceanía y el Continente americano, de donde ha desaparecido el habla de los aborígenes, dividida en tantos dialectos, y reemplazada por el idioma de sus conquistadores. Veamos cómo juzgaba al Coloso del Norte el joven

catedrático de Filosofía en el año de 1852. "Allí, en esa"
"Nación gigante, hacia la cual tenemos siempre que"
"volver la vista, se está verificando el fenómeno. Más"
"de sesenta eran, según Chateaubriand, las tribus que"
"poblaban el Norte de la América, al tiempo de su des-"
"cubrimiento; y cuando él escribía quedaba apenas una"
"sexta parte de su población y menos de la mitad de las"
"tribus; el día de hoy pueda que no exista una duodéci-"
"ma parte! Y no es necesario ser profeta para vaticinar"
"el cercano fin de todos esos desventurados hijos de la"
"América, para quienes no hay paz sino en la tumba."
"Así vemos que la marcha de la civilización americana,"
"es terrible, gigantesca, de torrente: se ha desbordado y"
"es imposible resistirla. La marcha de la nuestra, esto"
"es, de los pueblos hispano-americanos es más lenta,"
"pero no menos segura; y tarde ó temprano, si no se"
"cumple ese temido y fatal pronóstico de que la boa te-"
"rrible lo absorba todo, llegará un día en que, bien sea"
"desapareciendo las tribus aborígenes ó bien mezclán"
"dose y asimilándose con las extrañas, de uno á otro"
"polo de América, no se escuchen más que las lenguas"
"europeas."

No admite la profecía de Cesar Cantú que reserva al idioma francés su dominio como lengua universal, verificando lo que pretendió Roma con el latín; aceptando únicamente: "Que habrá un idioma universal para los"
"sabios, sí lo creemos; pero que ese haya de ser el fran-"
"cés, sólo los siglos con su voz inteligible para todos é"
"irrecusable pueden decirlo: ellos lo dirán."

Dos de esas composiciones tuvieron el honor de la reproducción en páginas abiertas exclusivamente al verdadero mérito, como que estaban destinadas á hacer la propaganda científica. "El Mosaico," periódico literario

de Mérida, reprodujo el discurso sobre la Verdad Filosófica como un estudio interesante del catedrático de Filosofía de Campeche y como una hermosa producción del socio honorario y corresponsal de la "Academia de Ciencias y Literatura de Mérida," de la que era órgano "El Mosaico." El Sr. Francisco Barbachano, catedrático de Matemáticas en Mérida, publicó en sus *Lecciones de Aritmética y Algebra*, y como introducción á su obra, el discurso que, sobre la *Importancia del Algebra*, pronunció el Sr. Gómez, obra de su maestro Aznar Barbachano. Y fué acertada la elección del autor, porque esmaltó el mérito de su obra con aquella brillante composición, el más lujoso de los prólogos con que pudiera haber encomiado la ciencia, cuya enseñanza era el objeto de su obra. Como este trabajo, eran los otros, muy dignos de haber pasado á la publicidad por la prensa; pero es innegable que la modestia del autor no dió lugar á ello y las dejó inéditas, como recuerdo muy íntimo de su gloriosa carrera de maestro de una generación tan ilustrada.

Estas composiciones, que comenzaron á formar su reputación literaria, son la franca expresión de su credo filosófico, cual es la realidad descubierta por el discernimiento libre de toda preocupación. Sin pertenecer á una escuela exclusiva, aceptó de cada una lo que á su juicio era racional y no lo que rechazaba su criterio. Tomó del positivismo de Augusto Comte el íntimo enlace de las ciencias que ilustran la inteligencia en los hechos evidentes de la naturaleza; pero sin repudiar la Metafísica, reconoce como Mallebranche, en Dios el principio necesario y universal, cuyos atributos son sus relaciones con lo creado; como Leibnitz, su idealismo fueron las matemáticas, pero no aceptó como aquel, el idioma universal, ni las ideas innatas, siguiendo en este punto á Condillac

y Locke y aceptando su teoría de la *Tabla rasa;* y conforme al espiritualismo moderno francés, fué fiel á la doctrina cartesiana.[1]

Lo anteriormente expuesto es motivo más que suficiente para que la posteridad considere á Aznar Barbachano como el reformador radical de nuestra escuela ecléctica, quien instruyó y con los perfeccionamientos del siglo en las ciencias de Kepler, Newton, Víctor Cousin y Lavoisier, y el que á mediados del siglo recomendó la conveniencia del sistema métrico decimal y lo empleó con sus alumnos de Física, sistema que, á términos ya del siglo aún no ha adquirido el arraigo que se ha propuesto darle el Gobierno de la Nación. A él pertenece el mérito de haber iniciado en Campeche la enseñanza del Algebra, estudio completamente nuevo entre nosotros, aún para los estudiantes de Náutica, pues ni Cañas ni Espinosa la enseñaron á sus alumnos. Él encareció la necesidad de su estudio, él encomió su dominio y él fué con Don Leandro Salazar su primero y eficaz propagandista.

La opinión que del Sr. Aznar se formaron sus alumnos, las circunstancias en que emitieron esta y la forma ostensible en que la demostraron, son la prueba más elocuente y significativa de los méritos de aquel maestro, cuyas eruditas y sapientísimas lecciones le hicieron digno del Ateneo de más renombre. No solamente no bastó el transcurso del tiempo para que los discípulos le olvidaran, sino que en la edad provecta, hombres honorables, de sólida instrucción, posición social elevada, al hacer una reminiscencia de su vida se detienen en el período escolar, la vida del colegio que es el segundo hogar donde se forman los lazos más estrechos de la amistad y donde nacen las afecciones más sagradas que se profesan al maestro y á los compañeros. Y al recuerdo de la clase de Filosofía, vieron destacarse la figura de su venerable maestro, cuyo valor pudieron apreciar, entonces más que nunca; y honrados con haberle tenido como tal, se congregan para presentarle la ofrenda de su gratitud, admiración y respeto. Los que iniciaron el curso de Filosofía que terminó en 1852, formaban un grupo casi disuelto por la guadaña cegadora de vidas y diseminado por el cambio de residencia adonde los impulsara el destino; y el número reducido existente en Campeche se debatía en el laberinto de la política, precisamente en las filas que habían combatido á la personalidad del Sr. Aznar, circunstancia que aquilata en su último valor aquella demostración espontánea y significativa que, en tal día, era un oasis en la vida de aquel hombre, agotada por sufrimientos físicos y deprimida por afecciones morales.

[1] Salvo la divergencia respecto á la *inneidad.*

Consistía esta demostración en un banquete que se verificaba el 21 de Octubre, aniversario de la apertura del segundo y último curso de Filosofía que dió el Sr. Aznar Barbachano, limitándose la reunión á las personas que formaban el resto de aquella agrupación escolar, entre quienes se turnaban anualmente los anfitriones. Lejos aquél de Campeche, su ausencia en tales actos era un vacío que cubrían los mensajes de felicitación cambiados en aquel momento. Pero al regresar á esta ciudad correspondió las atenciones de sus discípulos agradecidos ofreciéndoles el banquete en 21 de Octubre de 1878, primer aniversario que pasaba después de su prolongada residencia en Mérida y que también fué el último celebrado; como si las palabras del anfitrión y maestro hubieran ce-

rrado con diamantino broche la serie de conmemoraciones ostensibles de aquel acontecimiento del que siempre harían, como realmente hicieron, una grata reminiscencia.

En tal año, como en los anteriores, aquellas honorables personalidades concurrieron al acto que tenía para ellos la significación de sagrado culto y dieron al ex maestro el lugar de honor que ocupó en la cátedra. El Sr. Aznar Barbachano invitó al Sr. Lic. D. José María Oliver, como excepcional distinción que merecía el maestro del maestro, el hombre de ciencia en quien estaba encarnado el recuerdo tan remoto como de los más valiosos testimonios de lo que fué el Colegio de San Miguel de Estrada. Y fué tan fiel y patética aquella remembranza de la vida escolar, invocando la memoria de los que habían descendido á la tumba, citando los nombres de los otros ausentes y prodigándose mutuamente demostraciones de respeto y estimación, que el viejo mentor, al cerrar al acto correspondiendo conmovido tales demostraciones, terminó su peroración ahogando sus últimas y sentidas frases en la emoción que embargaba su ánimo.

Reproducimos el brindis que pronunció el Sr. Aznar Barbachano, porque lo juzgamos de importancia histórica; pues además del interés de la breve reseña de la clase de Filosofía, se verá la interpretación sincera de los sentimientos que animaron al maestro. Si en el curso de una vida azarosa logró conservarlos libres de la mancilla del rencor, en aquellos momentos eran más afectuosos y palpitantes comunicando á sus antiguos discípulos las satisfacciones que trae consigo la reconciliación nacida al recuerdo de la primavera de la vida; período que parece más halagüeño cuando los recuerdos se hacen al través del prisma de la realidad: del juicio, despojado de toda pasión que ofusca y extravía; de la experiencia, que con sus

elocuentísimas lecciones enseña la verdad práctica con todas las decepciones que acibaran los últimos días de la vida del hombre. Dominado por tales impresiones, el maestro dijo:

"Queridos discípulos: Al fin se han cumplido vues-"
"tros deseos y también los míos. Henos aquí sentados"
"alrededor de esta mesa, celebrando el aniversario de"
"aquel venturoso día, de inolvidable memoria, en que"
"también sentados á otra mesa, bajo las bóvedas augus-"
"tas de la casa de Dios, con nuestras plumas simbólicas"
"en las manos, adornadas de seda, plata y oro, erais"
"presentados por vuestros padrinos en los umbrales del"
"templo de la Filosofía. Allí, indigno sacerdote de tan"
"encumbrada ciencia, estaba yo para recibiros; y os re-"
"cibí, y en medio del aplauso y del júbilo, después de"
"aquella tierna y significativa ceremonia, emprendimos"
"con entusiasmo nuestras tareas. Esto pasaba el 21 de"
"Octubre de 1849.

"Tres años después ofrecía yo en un bello cuadro á la"
"expectación de numerosísimo concurso, los nombres de"
"aquellos de vosotros que llegaron al término de la ca-"
"rrera, sin olvidar por eso á los pocos que involuntaria-"
"mente quedaron rezagados. ¿Os acordais de este últi-"
"mo día, tan lleno de encantos, tan placentero, igual"
"sólo á aquel en que el navegante después de viaje largo"
"arriba al ansiado puerto de su destino? ¡Qué alboro-"
"zados y qué satisfechos estábamos entonces! ¿Y por"
"ventura teníamos motivo para esto?

"A vosotros os sobraban, porque concluíais tan ar-"
"duas tareas, y se os abrían las puertas de los estadíos"
"profesionales. A mí, porque contemplaba lleno de"
"orgullo aquel conjunto de inteligencias privilegiadas"